

## LA SUPERSTICION MILITARISTA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1916.

En el número del «Times» del 12 del próximo pasado septiembre se publicaba un artículo de su propietario lord Northcliffe sobre la obra de propaganda que está llevando a cabo en España el atareado ejército—«a busy army», le llama—de agentes alemanes, cuyo número se calcula en unos 80.000. Sin contar, claro está, sus aliados los españoles, atareados, más o menos troglodíticos.

Los alemanos comprenden—dice lord Northcliffe—que así para una Alemania victoriosa España es muy útil, para una Alemania derrotada España es casi esencial. Y como los alemanes, sobre todo los que viven fuera de Alemania, empiezan ya a convencerse de que su patria, o por lo menos el imperialismo militarista prusiano que la tiene oprimida y seducida y encañada, va a ser derrotado, de aquí que se esfuerzan en buscar en España un refugio para después de la derrota, un refugio donde no se les odie y acaso se les compadecza.

Escribe también lord Northcliffe:

«Después de nuestra propia isla, España es la principal tierra madre del mundo. Los españoles suelen enseñar mapas en que se muestra a qué partes del mundo ha llevado la casta española el lenguaje español. Con el lenguaje ha ido una cierta porción de simpatía a España. Los alemanes saben que con España como «point d'appui» y el respaldo de la opinión española, y sobre todo con el de la Iglesia, es probable que su causa sea mejor apreciada en el Nuevo Mundo que si la madre España les fuese hostil. De España, por tanto, procede en Sud América una gran parte de la propaganda germánica en lengua española.»

Acaso en esto no esté tan en lo cierto lord Northcliffe. No creo, en efecto, que al ser tan fuerte la germanofilia en España y el ser principalmente españoles los agentes germanófilos en la América de lengua española, ayude en mucho a la causa germánica en esas repúblicas. Más bien puede perjudicarla, sobre todo habiéndose dado cuenta los sudamericanos de que si los españoles propenden ahí a la germanofilia es, en gran parte, por espíritu de contradicción y aversión al sentimiento predominante en la población indígena y nacional. Ni creo tampoco que el apoyo de la Iglesia les sea de mucho recurso en esas libres y democráticas y expansivas repúblicas. Por otra parte, lo que yo conozco de propaganda germánica en países americanos de lengua española—periódicos, folletos, hojas sueltas, etc.—se ve a la legua que está escrito por alemanes, y por alemanes que aunque conozcan bien el castellano lo escriben con la fría y escueta corrección gramatical con que lo escribe un extranjero, o por españoles o americanos a sueldo y servicio de ellos.

Pero hay en este artículo de lord Northcliffe un pasaje que merece más detenido comentario.

Después de decirnos cómo los propagandistas germánicos en España repiten, sobre todo entre la clase aristocrática, que España tiene que mantenerse estrictamente imparcial por si llegase el caso de que el rey Alfonso y su gabinete fuesen invitados por la Gran Bretaña a servir de árbitros para obtener paz con Alemania, y que Inglaterra podría pedir a la corte española que diera cara por ella—(dispara-

te mayúsculo)—agrega lord Northcliffe que un muy conocido noble español fué inducido últimamente a ir a Londres a solicitar una cometa de paz y se encontró a su llegada con que no se hicieron caso aquellos a quienes fué acreditado. Y en estos días ha corrido por la prensa la noticia de que el marqués de Villalobar, ministro que era, creó, de España en Bélgica, hizo un viaje de Berlín a Londres a tentar las intenciones del gabinete del rey Jorge. Y luego agrega lord Northcliffe:

«Por mucho de lo que he oído en el curso de mis indagaciones, la corte española sería el peor árbitro entre los aliados y las potencias centrales. Sean cuales fueren las ideas propias del rey Alfonso, los puntos de vista del promedio del elemento oficial de la corte son algo como 'esto':

«Los oficiales ingleses son buenos sujetos, excelentes jugadores de polo, buenos deportistas en general, pero aficionados («amateurs»). Los «tomurries» ingleses son pocos en número, bravos pero temerarios.

Los «sangrientos rechazos», tan a menudo mencionados en los comunicados alemanes, débense al hecho de que no cabe levantar un ejército en pocos años. Francia ha llamado a sus hombres de 17 a 48 años. Inglaterra no puede hacer nada que valga por tierra. Por lo tanto tiene que ganar Alemania y hasta si no gana no es posible que pierda.»

«Me he informado de que ha sido enviada al cuartel general británico una misión militar española. Hay que confiar en que habrá vuído con opiniones que puedan cambiar algo ese punto de vista de la corte, aunque dudo del efecto duradero de lo que no sea una aplastante y palpable derrota militar de Alemania—tal que no pueda ser tergiversada por la telegrafía sin hilos.»

Pues yo, que conozco mejor que lord Northcliffe a nuestros germanizantes militaristas—mucho más militaristas que germanizantes, y esto no más que por lo otro—puedo decirle que suceda lo que sucediere no reconocerán nunca la derrota de Alemania. Ni aunque Alemania misma, por un milagro de buen sentido, llegase a reconocerla. Aun siguen nuestros carlistas no reconociendo que hubiesen sido vencidos en 1840 y en 1876 o achacándolo a traición o a misteriosas potencias y aun hablan del triunfo moral. Y los militaristas que han asentado el dogma de la invencibilidad de Alemania, de que un ejército no puede nunca ser vencido por un pueblo, no confesarán jamás el fracaso de la pedantería técnica militar. No hay nada más inconcusable—no invencible—que el especialista.

Más después de haberse publicado el artículo de lord Northcliffe en el «Times» publicaba Ramiro de Maeztu en «La Correspondencia de España» del 27 del pasado septiembre otro artículo titulado «La obsesión de un monarca», refiriéndose a la del rey Constantino de Grecia al no querer secundar el sentimiento predominante de su patria. Y atribuíalo no a que el rey Constantino sea germanófilo por ser cuñado del kaiser ni por haber estudiado en Alemania sino a su convicción de la invencibilidad germánica. Escribía Maeztu:

«Lo que inspira la conducta del rey de Grecia es el convencimiento de que los alemanes «tienen» que ganar la guerra. El rey Constantino no ha ocultado a nadie esta convicción suya. La ha expresado a todos sus amigos; la ha hecho pública por medio de cuantos periodistas han logrado acceso al palacio de Atenas. Todavía hace tres

meses decía a un amigo: «Aunque la guerra dure cien años, no se podrá vencer a los alemanes.»

Me parece muy plausible esta explicación. Según la cual el rey Constantino está bajo la superstición militarista. Cosa muy comprensible en un rey, cuya educación suele ser predominantemente militar. Razón por la cual los reyes y los presidentes de república que sean a la vez generales ven en cosas de guerra menos claro que los jefes de estado civiles. Pues si hay especialismo corto de vista y henchido de prejuicios es el especialismo militar. Y dice luego Maeztu refiriéndose a esa opinión del rey Constantino:

No necesito decir que esa creencia es falsa. Al cabo de veinticinco meses de guerra puedo repetir las palabras que escribí en agosto de 1914: «Es muy difícil, pero muy difícil, vencer a Alemania; pero es imposible que Alemania venza». Alemania era muy fuerte en fuerza actual. Pero el mundo era mucho más fuerte en fuerza potencial.

Esa fuerza potencial del mundo se ha movilizadada y hecho actual. Ha habido tiempo para movilizarla. El resultado final es ya inevitable. Alemania no puede dar de sí más de lo que ha dado. Su cenit ha pasado. La música de Wagner canta el crepúsculo final de sus dioses. ¡Trágico error el del rey Constantino!

Y aquí de aquella terrible doctrina de Croce de que el error es en el fondo voluntario y proviene de que uno no quiere forzarse en buscar lealmente la verdad o no quiere conocerla. El rey Constantino, militarizado desde no querrá convencerse de que ejércitos improvisados, pueblos en armas, puedan derrotar a un ejército forjado en medio siglo de paciente labor.

He observado cuán frecuente es que los sedicentes germanófilos que no son sino militaristas reconozcan las victorias francesas o rusas, pueblos a los que creen con tradición militar, más o menos amortiguada, pero no las inglesas. Un pueblo que ha rehuido el servicio militar obligatorio, un pueblo tan poco o nada militarista, no puede vencer a una raza que se ha hecho ejército.

Y es que ven claro que ahora se juega el prestigio del militarismo. Ya, por de pronto, los mejores críticos de la guerra son los no militares, los intrusos, los zurripetos, como alguien los ha llamado aquí. Y es que no hay cámara más grande que la de la supuesta ciencia militar. Cuando vi en un tratado de estrategia fórmulas de integrales matemáticas, lo cerré diciendo: «¡pedantería, pedantería y pedantería!» El arte de la guerra—y arte es en que cabe muy poderosa inspiración—está perdido desde que pretenden hacerlo ciencia.

El arte de la guerra se sirve de aplicaciones científicas o más bien de aplicaciones industriales para las que hacen falta conocimientos científicos. Pero para inventar un nuevo explosivo hay que saber química, y para inventar un nuevo cañón químico y mecánico, y para abrir trincheras ingeniería y acaso geología pero no ciencia (!!!) militar. Y un pueblo que tenga químicos y mecánicos y geógrafos y geólogos puede aplicar a la guerra los conocimientos de éstos. Y en cuanto a eso otro de la específica disciplina militar y todas esas garrambinas con que molestan a nuestros hijos en los cuarteles haciéndoles dar vueltas a la derecha y otra media izquierda y aprender a saludar, ordenanzas y a no discurrir, t-



DAD LANCA



maldito para lo que resulta que sirve en la guerra.

A menudo leo comunicaciones de hombres inteligentes que se hallan en el frente y presencian acciones de guerra y aun toman parte en ellas y confiesan el fracaso de la educación militar a la prusiana que tiende a convertir al hombre en máquina. Esos soldados deformados y deshumanizados por la disciplina de cuartel no resultan mejores soldados. Ni resultan mejores oficiales los que han estado sometidos largos años a la desecación intelectual del cientificismo militarista, que si de ciencia tiene poco o no tiene nada, de arte tiene menos aun. No sólo se improvisa soldados en pocas semanas; se improvisa oficiales. Y yo creo que hasta generales. Lo que no se improvisa es fábricas para hacer cañones y otros artefactos de guerra. Pero el que tiene una poderosa industria puede llegar a militarizarla, es decir, a hacerla servir para la producción de máquinas de guerra.

Una de las cosas que ahora está en juego y más se debate es la superstición militarista. Y si muchos de los que viven de la milicia—que no es vivir de la guerra precisamente—se han puesto de parte de Alemania, es porque prevén que la derrota de ésta es la derrota de la pedantería militarista, del cientificismo estratégico.

La estrategia y la táctica como ciencias y no como artes, me parecen un embolismo tan grande como la pedagogía científica. La pedagogía es la pedantería del maestro que quiere hacernos creer que para enseñar algo hay que saber más que aquello que se enseña. Como el maestro profesional no tiene conocimiento alguno especial y privativo suyo, ha inventado esa andrómida de la pedagogía, monstruo formado de cien miembros dispersos y desencajados y «caput mortuum» de sonoras vaciedades, que ni enseñan a enseñar ni enseñan nada que valga la pena. Y otra cosa por el estilo es la retumbante ciencia militar.

Lo que no quiero decir, claro está, que pueda prescindirse, hoy por hoy al menos, ni de maestros ni de militares, pues ni todos pueden enseñar a sus hijos la primera enseñanza ni todos pueden prepararse a defenderse el día de mañana. Pero ¡brenos Dios de pedagogismo y de militarismo.

Esperamos que esta guerra convenza a los pueblos de la vanidad de los ejércitos permanentes y del servicio militar general obligatorio y de que no valen lo que cuestan, y que aun siendo verdadero el aforismo de «si quieres paz, prepara la guerra» que el preparar la guerra o el prepararse, más bien, a resistirla no exige el endurecimiento intelectual y moral a que le somete a un pueblo la disciplina militar a la prusiana, hijuela del bárbaro cientificismo—nada científico—que asoló la segunda mitad del pasado siglo XIX.

MIGUEL DE UNAMUNO.

